

DEIRDRA CLARK

Población

#1 ¿Está la iglesia del Pacto alcanzando un número creciente de personas entre un número creciente de poblaciones?

Buscamos llegar a la totalidad de la población en la que estamos ubicados.

Juan 4:1-41

“Jesús se enteró de que los fariseos habían oído que estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan. Aunque, de hecho, no era Jesús quien bautizaba sino sus discípulos. Así que dejó Judea y regresó de nuevo a Galilea. Como tenía que pasar por Samaria llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del terreno que Jacobo había dado a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Y Jesús, cansado como estaba del viaje, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía, cuando una mujer samaritana vino a sacar agua. Jesús le dijo: ‘¿Quieres darme de beber?’ Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dijo: ‘Tú eres judío, yo soy samaritana. ¿Cómo puedes pedirme de beber?’ Porque los judíos no se relacionan con los samaritanos. Jesús le contestó. ‘Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva’. ‘Señor, dijo la mujer, no tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo. ¿De dónde vas a sacar esa agua viva? ¿Acaso eres más grande que nuestro padre, Jacob, que nos dio el pozo y él mismo bebió de él, como lo hicieron sus hijos y también su ganado?’ Jesús respondió: ‘Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás. En efecto, el agua que yo les dé será como el agua de un manantial que brota para la vida eterna’. La mujer le dijo: ‘Señor, dame esta agua para que no tenga sed y no tenga que venir aquí a sacar

agua’. Él le dijo: ‘Ve a llamar a tu marido y vuelve’. Ella respondió: ‘No tengo marido’. Jesús le dijo: ‘Tienes razón cuando dices que no tienes marido. Lo cierto es que tienes cinco maridos y el hombre con el que estás ahora no es tu marido’. ‘Lo que acabas de decir es muy cierto, dijo ella. Señor, dijo la mujer, veo que eres un profeta. Nuestros antepasados adoraban en este monte, pero ustedes, los judíos, dicen que el lugar donde debemos adorar está en Jerusalén’. ‘Mujer, respondió Jesús, créeme que se acerca la hora en la que no adorarán al Padre, ni en este monte ni en Jerusalén. Ustedes, los samaritanos, adoran lo que no conocen. Nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Sin embargo se acerca la hora y ya llegó, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es Espíritu y quienes le adoran le deben adorar en Espíritu y en verdad’. La mujer dijo, ‘Sé que viene el Mesías llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo’. Entonces Jesús le dijo, ‘Ese soy yo el que te habla’. En ese momento los discípulos volvieron y se sorprendieron al encontrarlo hablando con una mujer. Pero nadie le preguntó: ‘¿Qué quieres?’ o ‘¿Por qué hablas con ella?’ Entonces, dejando su cántaro de agua, la mujer volvió al pueblo y le dijo a la gente, ‘Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será este el Mesías?’ Salieron del pueblo y se dirigieron hacia él. Mientras tanto, sus discípulos le insistían: ‘Rabí, come algo’. Pero él les dijo, ‘Yo tengo comida, tengo un alimento que ustedes no conocen’. Entonces sus discípulos se dijeron entre sí, ‘¿Le habrán traído algo de comer?’ ‘Mi alimento, dijo Jesús, es hacer la voluntad del que me ha enviado y terminar su obra. Ustedes dicen: Todavía faltan cuatro meses para la cosecha. Yo les digo que abran los ojos ¡y miren los campos! ya la cosecha está madura. Incluso ahora el que cosecha obtiene un salario y recoge el fruto para la vida eterna, Ahora el que siembra y el que cosecha se alegran juntos. Como dice el refrán: “Uno siembra y otro cosecha”. esto es verdad. Yo los envío para cosechar lo que otros han trabajado. Otros han hecho el trabajo duro y ustedes cosecharán el fruto del trabajo de ellos’. Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por el testimonio de



la mujer. ‘Me ha dicho todo lo que he hecho’. Así que cuando los samaritanos se acercaron a él, le instaron a quedarse con ellos y se quedó dos días. Y a causa de sus palabras, muchos más creyeron en él. Le dijeron a la mujer, ‘Ya no creemos sólo por lo que has dicho; ahora lo hemos escuchado nosotros mismos, y sabemos que este es el Salvador del mundo’.

Saludos. Soy la Reverenda Diedra Clark y me complace hacer este estudio de Juan 4-42 basándome en la prueba de las Seis Dimensiones del Ministerio Multiétnico. Me voy a centrar especialmente en la “P”, que se refiere a Población. Y en este texto veremos que Jesús nos enseña sobre cómo llegar a otros traspasando fronteras, rompiendo nuestras propias fronteras, nuestras nociones preconcebidas de los demás, con el propósito de vivir, adorar y compartir el evangelio con todo el pueblo de Dios. Aquellos que no conocemos, que son diferentes a nosotros, que proceden de lugares y espacios diferentes, Jesús nos enseña cómo podemos darnos a conocer con el otro.

Muchos de ustedes conocen el texto del que voy a hablar hoy. Se le conoce como, “La mujer samaritana en el pozo”, o, “La mujer en el pozo”. Específicamente, en la historia de la mujer samaritana, vemos a Jesús dándose a conocer a una marginada, a una extranjera, sirviendo como un verdadero ejemplo vivo de cómo debemos vivir nuestra vida como seguidores de Cristo.

Hoy, al ver Juan 4, quiero que todos reflexionemos sólo por un momento, sólo en este tiempo, sobre nuestros propios pensamientos, nuestras propias acciones y hábitos. ¿Nos estamos dando a conocer a los demás, llegando a más gente, a más lugares por medio del Evangelio, incluso si esto significa llegar a personas que no sabemos que son diferentes? ¿Cómo derribamos los muros? ¿Cómo rompemos las barreras? ¿Cómo tendemos la mano? ¿Cómo buscamos intencionada y deliberadamente al otro? Hoy veremos en el texto, que cuando nos presentamos ante Dios y comprendemos quién es ÉL y lo damos a conocer a otros, también estamos haciendo la obra de Dios.

Y esta enseñanza es importante, porque aunque a veces pensamos en derribar muros y cruzar barreras, a veces pensamos en ello como algo agradable, como algo “cristiano” y bueno, pero no pensamos en ello como algo que debemos hacer. Hablar con ese extraño. Hablar con

ese indigente con el que te cruzas. Establecer amistad con esa persona afroamericana, o esa persona asiático-americana. Escuchar las historias de esa persona de origen indígena que acabas de conocer. Escuchar las historias de alguien de otro país. Y a veces nos decimos, “Es muy bueno hacer eso”. Pero lo que voy a mostrarte esta mañana, con lo que te voy a desafiar esta mañana, es que si vamos a seguir a Cristo y si vamos a adorarle con todo lo que somos y tenemos debemos compartir el Evangelio con aquellos que aún no conocemos y con aquellos que son de diferentes lugares y espacios, no como algo bueno, sino como un estilo de vida al ser seguidores de Cristo, adorando a Cristo, nuestro Señor y salvador. Debemos darnos a conocer al otro. Debemos darnos a conocer con el extraño, con el marginado, con el extranjero. Jesús hace eso y ÉL espera que nosotros también lo hagamos. Pero no me escuchen sólo a mí, soy la Reverenda Clark. Escuchen a Jesús porque está en su Palabra, y les voy a guiar a través de ella ahora mismo.

Así que entremos en la Palabra. Estamos en Juan 4 y estamos leyendo sobre la mujer samaritana, a quien Jesús encuentra en el pozo, conocida como, “La mujer en el pozo”. Permítanme darles un poco de contexto. Algunas interpretaciones de este texto hablan simplemente de la mujer samaritana como una pecadora que tenía cinco maridos. Así que verán algunos comentarios e historias sobre este texto que sobre-simplifican esta historia y hablan de la mujer como una simple pecadora. Para mí, esa interpretación sirve más como una narrativa patriarcal, porque sabemos que Jesús vino a romper las barreras y las normas culturales y a poner todo al revés. Así que esa explicación para este texto, una simple mujer pecadora, es demasiado elemental. En cambio, creo, que el marco apropiado para leer este texto es entender que la historia de la mujer en el pozo está situada a propósito entre la historia del fariseo, Nicodemo, en Juan 3, que tenía poder religioso, y el funcionario real, en Juan 4, que tenía poder político. Y quiero ser clara. El poder religioso y el poder político son estructuras que la historia nos enseña, y la Biblia nos enseña, que pueden actuar en contra de la voluntad de Dios. Permítanme repetirlo, porque estamos viviendo un tiempo donde podemos ver algunos ejemplos actuales. Miremos el texto porque esto es importante. En Juan 3, vemos a Nicodemo, con poder político, entrar en debate teológico con Jesús sobre el Hijo de Dios. Y luego, en Juan 4, vemos al funcionario



real, con poder religioso, el cual quería señales y maravillas, para creer en el poder de Cristo. Y luego, en medio de la historia sobre estos dos hombres, está la de la mujer samaritana. Así que en el texto bíblico, vemos el poder religioso por un lado, el poder político por el otro lado, representados por dos hombres, y en medio, en el centro, está la mujer samaritana. Y cuando leemos el texto, como lo haré en breve, vemos a esta mujer que llega a creer en el poder de Cristo a través de su propio intercambio teológico, donde ella y Jesús pasan de un tema a otro sobre las costumbres y tradiciones del culto de los judíos y de los samaritanos. Así que mi punto es que, al final, vemos que esta mujer samaritana es quien comparte el Evangelio con todos y se convierte y logra que otros se vuelvan creyentes. Ella no tenía poder político, no tenía poder religioso, pero llega a una posición donde se convierte en la mujer de Dios que predica el Evangelio de una forma abierta, que muchos de los samaritanos llegaron a conocer a Jesús. Ella fue la elegida. Un estudio detallado del texto nos muestra que no importa si eres samaritano o judío. No importa si eres rico o pobre. No importa si eres mujer u hombre, blanco, afroamericano, asiático-americano, indígena, hispano, caribeño, africano. Si eres del Sur, como mi marido, o si eres Yankee, si eres del norte, si eres Yankee como yo. Al final, en todas estas narraciones, Jesús nos enseña que hay un verdadero lugar de culto y que más importante que el templo del Monte en Jerusalén. Y para asegurarse que otros experimenten ese verdadero lugar de adoración, a veces vas a tener que cruzar las barreras y las costumbres, como hizo Jesús con la mujer samaritana. Así que permítanme leer sobre lo que estamos hablando para que quede claro. Vamos a empezar en el Capítulo 4, Versículo 4. En realidad empezaremos en el Capítulo 4, Versículo 1.

“Ahora, Jesús se enteró de que los fariseos habían oído que él estaba ganando y bautizando más discípulos que Juan. Aunque en realidad no era Jesús quien bautizaba, sino sus discípulos. Así que abandonó Judea y volvió de nuevo a Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Y llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del terreno que Jacob había dado a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob, y Jesús, cansado como estaba del viaje, se sentó junto al pozo y era cerca del mediodía. En eso llegó a sacar agua una mujer de Samaria. Y Jesús le dice: ‘¿Quieres darme de beber?’ Sus discípulos habían

ido al pueblo a comprar comida. Y la samaritana le dice, ‘Tú eres judío y yo samaritana. ¿Cómo puedes pedirme de beber?’, porque los judíos no se relacionan con los samaritanos”.

Aquí aprendemos que Jesús tuvo que pasar por Samaria. Ahora, que un judío pase por Samaria es algo muy importante. Samaria e Israel representan dos culturas muy distintas. Así que quiero que piensen en esto. Algunos de ustedes pueden saber o no, que los Red Sox y los Yankees tienen una enorme rivalidad. Si no lo sabían, ahora lo saben. Y en realidad se remonta a la época de Babe Ruth. Así que Jesús pasando por Samaria es algo así. Nací y crecí en Nueva York. Soy una fan de los Yankees. Es como si un fan de los Boston Red Sox entrara al Bronx, donde está el estadio de los Yankees, en un día caluroso de verano, con una gorra de los Boston Red Sox y me pidiera un vaso de agua fría. “¿Dónde puedo conseguir agua?” Y le veo su gorra de los Red Sox. Tiene puesta una prenda de los Red Sox, y le digo: “¡Tú estás en mi territorio!” Así es como debió ser para Jesús al ir a Samaria. Él estaba en otra zona. Por eso es que pasar por Samaria es un detalle importante. Y según muchos estudiosos, Jesús ni siquiera tenía que cruzar Samaria. Muchos judíos de esa época evitaban Samaria. Algunos de los seguidores de los Red Sox evitan ir al estadio de los Yankees. Pero este Jesús, nuestro Jesús, es radical, ¿verdad? Así que va directamente a Samaria. Se vuelve intencionalmente un extranjero en una tierra nueva. Voy a decirlo una vez más, hermanos: ¡Se vuelve intencionalmente un extranjero en una tierra nueva! Y no sólo se hace extranjero en una nueva tierra, sino que desafía las costumbres de la época hablando con una mujer. ¡Ese es nuestro Jesús!

El Versículo 7 dice, “Cuando una mujer samaritana vino a sacar agua, Jesús le dijo: ‘¿Quieres darme de beber?’” ¿Se imaginan eso? En aquella época, ¡un hombre pidiendo de beber en público a una mujer! Fue Jesús quien inició esta conversación. Cuando le pidió a esta mujer de beber, se negó audazmente a ser encajonado a cualquier costumbre, tradición o estereotipo. Rompió todo tipo de barreras raciales y culturales con sólo una pregunta. Sus acciones rompieron el estereotipo. Sus acciones lo dicen todo. Y fueron las acciones de Jesús las que crearon el momento para que esta mujer en el pozo escuchara el Evangelio, para que aprendiera sobre la adoración y para que luego compartiera el Evangelio.



No hay un día que pase sin que yo vea alguna palabra inspiradora, en alguna red social, sobre el amor mutuo. Una foto sobre cómo debemos ser los unos con los otros, alguna cita del Doctor King sobre cómo debe ser nuestro carácter. Y sí, sabemos y vemos que las palabras importan. Las palabras que nos decimos los unos a los otros y sobre los demás, marcan la diferencia. Pero nuestras acciones hablan mucho más alto. Y en este texto vemos a Jesús hablar muy fuerte con sus acciones. Se vuelve un extranjero, habla con la mujer, compartiendo. Y para subrayar lo profundas que son sus acciones, sólo tenemos que ver a los discípulos. Porque cuando regresan, están atónitos de que Jesús esté hablando con esta mujer. En realidad, ellos, nos dice la Escritura que “cuando los discípulos regresaron se sorprendieron al encontrarlo hablando con una mujer”. Jesús es alguien ¡fuera de orden! ¡Es radical! Podemos imaginarlos diciendo, “¿Por qué habla con ella? ¿Sabe quién es ella? ¿Sabe que tiene cinco maridos?” Sí. ¡Sí, Jesús lo sabe!

Hermanos, esto no es diferente a algunas de las divisiones que vemos hoy en día. Ya hablé sobre mí, una Yankee, y de mi marido, un sureño. Tenemos estados azules, tenemos estados rojos. Estamos muy divididos. Tenemos a la derecha religiosa y a los liberales progresistas. Tenemos diferencias raciales que nos siguen dividiendo, diferencias étnicas.

En el verano de 2020, fuimos testigos de un ajuste de cuentas mundial sobre uno de los pecados originales de América, el racismo. Y eso fue bueno. Lo ví con satisfacción. Pero también reconozco que después de la protesta y después de las palabras, a veces nos retiramos a nuestro barrio, a nuestro lugar de confort, con nuestra gente. Y a veces eso está bien pero, ¿de dónde viene eso? ¿Dónde aprendimos que está bien que vivamos separados y adoremos a Dios separados? No lo aprendimos de Jesús. No lo aprendimos de la Palabra de Dios. No vemos que Jesús lo enseñe. De hecho, vemos lo contrario. Jesús rompe las barreras.

La mujer samaritana en el versículo 9, dice, “Tú eres un judío y yo soy samaritana. ¿Cómo puedes pedirme algo de beber?”. Jesús no defiende lo que ella dijo. Simplemente actúa. Continúa dialogando con la mujer en el pozo. Sus acciones hablaban más fuerte que sus palabras. ¿Cómo te relacionas con los demás? ¿Estás compartiendo el Evangelio con otros? ¿Otros que son diferentes a ti? ¿Otros que quizás se reúnen a adorar

en un lugar diferente al tuyo? A veces Dios espera que actuemos. Seguramente la mujer samaritana no sabía que iba a convertirse en una luz para compartir el don del Evangelio. Y Dios, muchas veces, escoge a las personas más inverosímiles para hacer su maravillosa obra. A veces existe esta noción de que es el más inteligente, el más rápido, el que tiene las palabras más elocuentes, el que es más bendecido y todo eso, el que hace más por Cristo. No vemos eso en esta historia, ¿verdad? Al contrario fue la mujer samaritana, la que tenía muchos esposos. La que viene al pozo al medio día. Muchos estudiosos creen que realmente ella venía a esa hora al pozo porque una mujer con cinco esposos, o ex-esposos, era apartada de su comunidad. Así que lo hacía cuando nadie se daba cuenta. Pero eso no le importa a Jesús.

Como padres, tratamos de buscar lo mejor para nuestros hijos. Tratamos de estar un paso adelante de ellos para que puedan tener una vida exitosa llena de Dios. Les damos consejos durante su crecimiento. Y a veces el consejo más sencillo, “Asegúrate de tener gasolina cuando conduzcas una larga distancia”. O incluso para los niños más pequeños, en mi caso, “Mete tu tarea en la mochila la noche anterior, para que no la olvides en la mañana”. A veces los consejos caen en saco roto y nos encontramos diciendo a nuestros hijos lo mismo una y otra vez. Y a veces te preguntas: “¿Será que me están escuchando?” -Sé que estoy hablando. Y parece que les entra por un oído y les sale por el otro. En algún momento, muchos de nosotros recurrimos a las consecuencias naturales. Permites que las acciones sean la lección. Permites que se queden sin gasolina de camino a algún sitio, “¡viste, lo sabía!”. Y lo más probable es que lo piensen dos veces antes de volver a quedarse sin gasolina. Les permites que dejen la tarea en casa. La viste en la mesa de la cocina. Los viste salir de casa. Y se presentaron en clase sin la tarea y sacaron menos calificación. Como padres, ya sabes lo que decimos, “Esto me va a doler más que a ti”. Pero sabemos... Y a veces es así, sabemos que a veces la única manera de que la gente aprenda, la única forma en que los hijos aprendan es a través de sus acciones. Así que podemos hablar y hablar y hablar hasta que se nos ponga la cara azul.

Podemos hablar de la unidad, ¿verdad? Podemos hablar de este ministerio de reconciliación. Podemos hablar de la mesa de la comunión como un lugar donde todos nos reunimos. Podemos cantar maravillosos



himnos, orar hermosas oraciones y leer libros y escuchar sermones como este, pero a veces solo son palabras. Hasta que no hagamos las cosas que consciente e intencionalmente nos lleven a la comunidad con otros y a compartir el Evangelio con aquellos que son diferentes, todo queda en palabras. Nuestro Señor Jesucristo nos da el ejemplo. Él actúa, se involucra con la mujer en el pozo. Y cuando lo hace, deja de lado su pregunta sobre quién es, su identidad. A veces nos quedamos atrapados buscando ¿Quién soy? ¿Cuál es tu identidad? ¿Quién eres? Pero Jesús dejó de lado eso. Y, ¿no es eso lo que debemos hacer también? ¿No es eso lo que todos queremos? ¿ser conocidos fuera de la identidad que otros nos han dado, y ser conocidos realmente como Dios nos conoce? El texto dice, “Jesús respondió, ‘Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le habrías pedido y él te habría dado agua viva.’ ‘Pero, Señor, dijo la mujer, no tienes con qué sacarla y el pozo es profundo. ¿De dónde vas a sacar esa agua viva?’” Entonces ella lo desafía. “¿Eres más grande que nuestro padre, Jacob, quien nos dio el pozo y bebió del mismo?” La mujer samaritana realmente lo está desafiando. Pero Jesús respondió, “‘Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed’”. Está hablando del agua del pozo. “Pero el que beba del agua que yo le doy no tendrá sed jamás. En efecto, el agua que le doy se convertirá dentro de él en un manantial de agua que brotará a vida eterna”. Jesús estaba ofreciendo algo mucho mejor que el agua de aquel pozo. Así que en esta parte del texto, Jesús se da a conocer a la mujer samaritana. Dice, “El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás. El agua que le doy se convertirá dentro de él en un manantial de agua que brotará a vida eterna”. Jesús se está dando a conocer.

Hermanos, iglesia, ¿estamos haciendo eso? ¿Nos estamos dando a conocer? Jesús lo hace. Y en este punto del texto, al igual que con Nicodemo, aquí es donde Jesús entra en este vaivén sobre el significado literal de sus palabras. En Juan 3, con Nicodemo, dice, “¿Cómo puede alguien nacer siendo viejo?” preguntó Nicodemo. Seguramente no pueden entrar por segunda vez en el vientre de su madre para nacer. Y así vemos el mismo tipo de intercambio con la mujer samaritana. Ella dice: “No tienes con qué sacar y el pozo es profundo. ¿Dónde puedo conseguir esta agua viva?” Y luego dice, “¿Eres más grande que Jacob?” Ella no podía creer lo que no

podía ver. ¿Y qué cosas no podía creer? Bueno, “¿Por qué me habla este judío? Tengo cinco maridos. Estoy realmente aislada de mi comunidad porque la gente habla de mí. ¿Por qué me habla? ¿Quién es este hombre que dice ser capaz de hacer las cosas mejor que Jacob?” Había muchas cosas que ella no podía ver.

¿Qué hacemos en presencia de Dios cuando no podemos ver? Porque seamos realistas Iglesia, a veces no podemos ver lo que Dios hace en nuestras vidas. Estamos a las puertas de algo maravilloso, pero no lo vemos. Algo que simplemente está en el umbral, pero no podemos verlo. Tenemos mucho miedo o simplemente no creemos. Y decimos, “Dios, si me dejas ver lo que hay al otro lado, cruzaría el umbral”. “Dios, si me dieras el bono que he estado esperando, seré más generoso”. “Si me dieras ese hijo por el que he orado, me aseguraré de ir al estudio bíblico”. “Me aseguraré de educarlos bien”. “Déjame echar un vistazo, Señor, porque no puedo ver”. Y esta mujer samaritana en este punto, no puede ver. Vemos a Jesús romper la barrera de la identidad simplemente hablando con la mujer samaritana. Pero ella sigue, sigue atascada en su identidad.

Iglesia, ¿nos quedamos atascados en la identidad? ¿Quién eres tú? ¿De quién eres hijo? ¿Quiénes son tus padres? ¿A qué te dedicas? ¿Dónde trabajas? Y no importa si ella sigue preguntando, Jesús se sigue involucrando. Es agua con lo que se involucra, esa agua viva. Es la presencia de Dios, que produce ese refresco continuo. Y eso es lo que Jesús le ofrece a esta mujer, que tenía cinco maridos, vivía con el sexto, y es samaritana. Jesús le está ofreciendo a ella una nueva vida. El texto dice, “Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed”. Hablando del agua del pozo. “Pero el que beba del agua que yo le doy, no tendrá sed jamás. En efecto, el agua que les doy se convertirá en un manantial de agua, en un manantial de agua, que brota a vida eterna”. Como ves, Jesús está hablando de algo que la mujer samaritana no podía ver, algo que ella no podía tocar. Lo único que ella puede ver es su sed. Pero creo que es su sed por conocer la verdad, lo que la mantiene en ese pozo. Porque ella le sigue preguntando a Jesús sobre quién es él. E incluso de aquí para allá sobre su propia situación. Él le dice: “Ve a llamar a tu marido y vuelve”. “No tengo marido”. Y Él le dice: “Tienes razón cuando dices que no tienes marido. El hecho es que tienes cinco maridos, y el hombre con el que estás ahora no es tu marido”. Así que



ella se queda allí porque parece que está buscando la verdad. Y Jesús continúa dándose a conocer. Quiere que ella experimente el agua viva.

Iglesia, ¿qué nos impide darnos a conocer? ¿Qué nos impide darnos a conocer, con la persona que pasa junto a nosotros y que puede ser un indigente, que puede estar pidiendo algo? ¿La persona en el cajero? Bueno, en COVID, no salimos mucho. Pero cuando salimos, ¿La persona que recibe el dinero cuando compras algo en la tienda? ¿Y la madre soltera, el padre divorciado, el conserje de tu edificio? ¿Qué nos impide conocerlos? Bueno, a veces es el tiempo. Y ese es todo un sermón sobre el trajín diario. Pero la mayoría de las veces, no es más que nuestras nociones preconcebidas sobre el otro. Pero Jesús no se detiene. Se da a conocer. Pero, espera, hay más. Finalmente, después de todo este ir y venir, la mujer samaritana pregunta, “¿Quién eres?”. Después de todo esto, la conversación llega al tema del Mesías. Y la mujer samaritana finalmente comprende su propia necesidad y llega al punto del Mesías y habla de la adoración. Porque al final, por eso debes darte a conocer. Al final, se trata de adorar al Señor, a nuestro Cristo y Salvador. La mujer samaritana, que ahora comienza a ver, entiende que es a través de la adoración que recibimos el agua viva. Una vez que empieza a ver, una vez que empieza a entender, ella sabe que el agua viva tiene que ver con la adoración. Ella dice: “Señor, puedo ver que eres un profeta. Nuestros ancestros adoraban en esta monte, pero los judíos afirman que el lugar donde debemos adorar es en Jerusalén”. “Mujer, respondió Jesús, créeme, viene un tiempo en el que no adorarás al Padre ni en este monte ni en Jerusalén. Ustedes, los samaritanos, adoran lo que no conocen. Nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Sin embargo, se acerca la hora y ya ha llegado, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque así son los adoradores que el Padre busca. Dios es Espíritu y sus adoradores deben adorar en espíritu y en verdad”. En este pasaje vemos que el agua viva no tiene que ver con la cultura de la que vienes. Jesús dice: “Adorarán al Padre no en este monte, ni en Jerusalén”. No se trata de costumbres. No se trata de rituales. No se trata del país donde naciste o de tu etnia, ni del trabajo o la familia que tienes, o de tu educación. En cambio, esta agua viva tiene que ver con una relación personal con el Dios vivo. El agua viva es la fuente continua de vida que es la

morada del Espíritu Santo en todos y cada uno de los que creemos en el Dios vivo. Cuando bebemos de esa agua por supuesto, nunca tendremos sed. El texto dice: “Sin embargo, la hora viene y ya ha llegado cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque así son los adoradores que el Padre busca”. No se trata de adorar en el monte. No se trata de adorar como judío o samaritano, como una persona negra, blanca, asiática, latina o indígena... como demócrata o republicano, como fan de los Red Sox o de los Yankees. No se trata de nada de eso. Como seguidores de Cristo, nos damos a conocer, para que ellos también, todos los que acabo de nombrar, puedan experimentar el agua viva. Y a veces, cuando te das a conocer, algunos se burlarán de ti y te cuestionarán. Te dirán que lo haces mal. El texto nos dice que cuando los discípulos regresaron y ven a Jesús atendiendo a esta mujer, no entienden por qué habla con ella. Se comportaron como la iglesia de hoy en día, sentenciosa, desunida y ciertamente dividida. Me pregunto si por Jesús haber ministrado a la samaritana, hizo que los discípulos se preguntaran sobre su propio conocimiento de Jesús. ¿Por qué...? ¿Por qué se nos hace tan extraño que esté hablando con esta mujer samaritana? ¿Qué es lo que realmente conozco de Jesús?

En realidad esa es la cuestión cuando hablamos de ministrar a otros. ¿A qué está ligado mi conocimiento sobre Jesús? ¿Está mi comprensión del Evangelio ligado a nuestros himnos o mitos nacionales, o a nuestras propias estructuras religiosas? ¿Está nuestra comprensión ligada a lo que nos enseñaron nuestros padres en vez de a lo que nos enseña Jesús? ¿Está nuestro entendimiento de Jesús ligado a nuestro propio sufrimiento, el cual a veces bloquea lo que Cristo quiere decirnos y no confiamos y dudamos de él? ¿Está nuestra comprensión ligada a las personas que nos rodean, a nuestra gente? ¿Está nuestra comprensión de Jesús ligada al sueldo que recibimos o no recibimos? ¿A las personas que vemos en la televisión, a nuestros héroes nacionales? ¿A qué está ligado nuestro entendimiento sobre Jesús? Porque miremos a la mujer samaritana. Tal vez nuestra comprensión, al final, debería ser como la de ella. Jesús llegó a conocerla fuera de su identidad, de su etnia, creencias y costumbres. A Jesús no le preocupaba lo que dijeran los demás. No se dejó encadenar ni por prejuicios ni por vergüenza. Él la conoció cómo era realmente.



Iglesia, si vamos a vivir en el Evangelio tenemos que hacer eso también. Si vamos a compartir el Evangelio entre un número creciente de personas, entre un número creciente de poblaciones debemos hacer eso también. Eso podría significar, Iglesia, que tenemos que despojarnos de nuestra propia identidad. Puede que tengamos que entrar a una tierra extraña en nuestra propia comunidad. Y quizá tengamos que darnos a conocer a los demás. Y cuando hacemos eso, al igual que la mujer samaritana, compartiendo el Evangelio en lugares y espacios más allá de lo que podríamos imaginar, compartimos el Evangelio. Nos damos a conocer. Amén.